

SAN MARTIN, ESPAÑA Y AMERICA

Los hermanos sean unidos,
porque esa es la ley primera;
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea,
porque si entre ellos pelean
los devoran los de afuera.

MARTÍN FIERRO

Hay una especie de pecado capital que consiste en utilizar cosas nobles para fines plebeyos; pero cerca de esta monstruosa «profanación» de volver profano lo sacro, hay un pecado por defecto en la misma línea, y es el de no tratar de sumergirse lo más auténticamente hondo que se pueda en lo noble, es decir, utilizar el manantial para sólo vender el agua o utilizar el agua para sólo limpiar cisternas. Es el Profeta quien con el plástico lenguaje de sus imprecaciones acusa a Israel de graves faltas: «Dos pecados ha cometido mi pueblo, me ha abandonado a MÍ, que soy fuente de agua viva, y se ha ido a cavar cisternas, aljibes rotos que no contienen las aguas.»

Frente al momento histórico de la entrada de San Martín en bronce en España (tengo la sospecha de que por el propio peso del bronce su entrada siempre es posterior a la presencia viva) podemos realizar, en cuanto nos descuidemos, una imagen de los pecados de Israel. Se puede caer a la altísima sublimación de la figura de San Martín, pero a fuerza de recibirlo en estatua lo apartamos psicológicamente de nosotros, porque al fin y al cabo el hombre sólo se siente solidario con el hombre, y el calor humano de lo escultórico estará siempre dado por el contagio de la vida que se respire a su alrededor. Una ingenua y descontrolada sublimación conduce irreparablemente a lo mitológico, y para captar el mensaje desde lo mitológico se nos exige un considerable esfuerzo de orden intelectual, con el peligro de que siempre quede la trascendencia del mismo oscurecida para el pueblo en general, que siempre se alimenta más de lo sensible; y puede, por último, desaparecer absolutamente su significación hundiéndose en lo esotérico. Decididamente que portar a un hombre o a la tarea y visión del mismo, al campo mítico y hacerlo sobre todo con

ánimo de favorecer el engrandecimiento, supone ciertamente buena fe y entusiasmo, pero junto a esto miras reducidas y puerilidad.

De la posibilidad de la bastardización de lo noble me resulta difícil hablar, porque hay cierto grupo de cosas que siguiendo el consejo del viejo Apóstol «ni se haga mención entre vosotros» y a pesar de conocer y reconocer la fantástica posibilidad del hombre para enlodar cualquier cosa, no deja de ser penoso referirse a quienes se complacen por sistema en allanar toda altura; en este caso se puede realizar con poco trabajo dialéctico pero con una mala fe colosal, de manera que el mecanismo no sería, como en el caso anterior, el alejamiento de la figura por una excesiva levitación, sino, por el contrario, considerar a la altura como el producto bastardo de una necesidad. Así, la entrada de San Martín no representaría otra cosa que la necesidad unilateral de un mayor comercio entre dos naciones o el moño decorativo y engaña-bobos con que se cerraría el paquete de una necesidad bilateral. Entiendo perfectamente que alguna vez bajo algún meridiano, tales cosas se han hecho, pero la realización de lo torcido no configura necesariamente, como esencia histórica un determinismo mezquino o doñoso. El realismo no consiste en una perpetua degradación de lo elevado, sino en la apreciación exacta de lo verdadero. Chesterton diría que el realista es el que descubre la existencia escondida del conejo en la mesa del prestidigitador, pero a la vez se asombra misteriosamente del milagro diario del amor. De más está decir que deseo fervorosamente ser realista en este estilo, captar la dimensión física de la subestructura de la presencia de San Martín, pero también deseo contemplar con todo realismo, y hasta donde sea posible, la dimensión no menos real de la superestructura, que necesariamente se enraiza en todo lo puro y alto, sin que haya en ella contaminación bastarda.

Y el propio General aceptaría gustoso esta referencia, este punto de vista. A fuer de cristiano conocía perfectamente que el hombre está constituido por esa unión maravillosa de dos principios: por la carne animada, por el barro alentado por el Espíritu; y que al decir de Santo Tomás, lo más específicamente humano venía a ser algo así como lo no humano, esa secreta participación de lo divino en posibilidad. La verdad se encontraría en el análisis del hombre, equidistante del ángel y la bestia. La presencia de San Martín también la considero equidistante por igual del puro recuerdo emocionado, con sinceridad o sin ella, y de la pura transacción económica.

No sé por dónde se ha colado un falso espiritualismo que ante un planteo de este tipo no duda en afirmar que se encuentra frente a una idea de segunda clase; especie de hombres retorcidos que se lamentan sin duda de que Don Quijote comiese.

El San Martín seccionado de lo que puede tener de mensaje para nosotros hoy, de lo que representa como punto de partida, da indefectiblemente la razón a quienes ven en el monumento del Parque del Oeste el bronce de un traidor. Si por San Martín entendemos pedestremente a un señor nacido en dominios españoles y a su regreso pelearando contra su origen, es necesariamente su figura la conformación de un traidor. Pero existe una visión superior que da sentido y multiplica este razonamiento enano, y esta es la visión que hoy querría demostrar.

EL MILITAR

No es posible dudar de la capacidad profesional del General San Martín, y sus detractores más violentos, ni en la ofuscación de los primeros instantes dudaron de su capacidad profesional. Hombre entregado a su vocación con esa apetencia de alcanzar con ella la curvatura de su cénit, dotado naturalmente para el desempeño de la misma, logró una capacitación posterior tan extraordinaria que, cuando su cuerpo enfermo y estragado por la enfermedad disminuía lo que Natura da, aquello que Salamanca presta relucía en el momento oportuno. Ahí está el *San Martín íntimo* de Carlos Ibarguren que nos muestra en muchos momentos la figura humana de San Martín enflaquecida por esa indecisión que yace escondida en los grandes, pero que por superior fortaleza no aparece en la superficie. La idea de que el Cid también debe de haber llorado en alguna oportunidad sobre el pecho de Jimena, porque si sólo fuese un animal guerrero lo asimilaríamos a la línea de los Tamerlán, pero lo perderíamos para los hombres totales, que es donde mejor encaja la figura del Campeador de Vivar. San Martín entonces cruje, pero su dolor no le condiciona. San Martín, frente a los políticos, siente un extraño malestar, pero no lo ata; malestar que evidencia en críticas diferentes y, sobre todo, en cierto desprecio; nadie ahora duda de que su malestar nacía en su recia formación española, recto y vertical, incapaz de saberse comportar frente a «los tembladeros de la envidia». Sus mandamientos para la formación de sus oficiales del Cuerpo de Granaderos lo muestran con una rectitud que hoy sólo no asustaría a un legionario. Su visión seca y castrense, su vida de continuo campamento, nos da la forma en que las Academias de la época marcaban a sus hombres, pero también nos indican la nobleza del material. Sobrio en sus victorias, mandando quemar cartas recogidas en Santiago en las que se acusa de «colaboracionistas» a figuras prominentes de la ciudad, y presenciando con su ayuda de campo personalmente el cumplimiento de esta orden para que la venganza o la delación no impulsaran sus acciones.

Humano, sensible y paternal como nos lo recuerda Ricardo Palma con el clarín de Canterac, cuando le canjea la vida por la entrada en claustro a pedido del prisionero, según usanza más o menos corriente en la época. Enemigo de los recibimientos apoteósicos para que no se confunda gloria con terciopelo ni aclamaciones. ¿Dónde termina el militar y dónde empieza el hombre? ¿Dónde está la línea que marca el cumplimiento de la promesa como virtud castrense o como talla humana? Difícil problema, pero es que siempre que una vocación cala tan hondo no se trata de nada pegado por encima, sino de un engarce que sostiene por debajo a la piedra, pero también la abraza por los laterales. Sin lugar a dudas, entonces, que San Martín fué un ejemplo de hombre realizado, ¿pero ello justifica nuestro recuerdo? Porque es innegable que, a pesar de la época, muchos otros hombres también hoy realizan la proeza increíble a nuestros ojos de elevar esta envoltura, carne y plomo, a esa difícil meta que nos cuentan que es nuestro destino eterno. No, decididamente no. Su éxito en guerrear o su realización humana no justifica lugar en Madrid si no es nada más que eso.

EL HOMBRE

No se puede realizar el profesional si no es sobre el substracto de un hombre cultivado; cuando este substracto falla, entonces, por aquel resorte sintetizado en que la casa barrida es ocasión para que ahora entren siete demonios en lugar del único anterior, tenemos esos seres monstruosos, enanos de cabezas enormes que multiplican con velocidad o traducen a Sófocles; pero que ignoran que la *Vida*, esa inmensa posibilidad de hacernos partícipes de toda Belleza y de toda Sabiduría, puede perfectamente correr por encima de logaritmos o de la tragedia griega, pero bien puede quedar de lado. Se produce, cuando esto último sucede, esa figura que tanto conocemos hoy, el cientifista a-moral, a-ético que orienta con igual ánimo sus ecuaciones para explicar el origen y trayectoria del universo o desintegrar ciudades donde el prójimo —el tremendo Desconocido— ama, sufre y muere buscando en su medio la misma Verdad. ¿Hay algo más inhumano que ese señor que alardea de pureza absoluta, químicamente perfecta de su profesión, capaz de bajar la palanca o apretar el pulsador que nos vaporice a todos en la Gran Explosión, con el alma en paz porque a su izquierda está el Jefe, y detrás del Jefe el Consejo y más atrás una Comisión y luego un Estatuto que es la última referencia y la base de la Pirámide Justificadora del Poder, pero resulta que fuera del juego dialéctico el Estatuto está dictado por el

Jefe que bien puede ser un maniático depresivo o un esquizoide? No; volvamos con San Martín y con tantos otros a montar la ciencia sobre el hombre y para el hombre y de éste a Dios, en cumplimiento del mandato del cual pende toda la ley y todos los profetas. Realicemos, como el General, las virtudes del Maese Santiago Manrique o, si me apuran, la idea de Lorca de ser suaves con las espigas, duros con las espuelas y tiernos con el rocío. Dispuesto como él a dar batalla o besos a los hijos, cuidadoso en la formación de sus oficiales y amoroso en la de Merceditas, su única hija. Si no fuese escaso el adjetivo diría que la tarea de cuidar regimientos y pueblos y su familia fué obra de gigante; pero que es más aún, es la de simplemente un hombre. Al releer en estos momentos los párrafos anteriores vuelve sobre mi cabeza, con el ruido de tambor batiente, esa figura inmensa del Cid que cuida en su dimensión de cristiano de la fe heredada, como súbdito el parte al Rey del triunfo obtenido, como esposo, la seguridad de su hogar. ¿Tarea de gigantes? No.

¡Cómo habrá sufrido en la decisión y en la previsión de los juicios ante la noción exacta de ser llamado traidor por los que no intuyan por encima de su «pequeña traición» la fidelidad absoluta y la rectitud máxima! Por nuestro indudable libre albedrío nos encontremos en la dimensión de nuestra personal libertad en la mayor posibilidad de escoger frente a cada posibilidad. No está el libre auténtico condicionado por los prejuicios o por la herencia o por la inercia; se puede decidir por absolutamente todas las posibilidades y esta es su gloria y el tamaño de su talla; pero también desde el mismo momento de la elección cerrará automáticamente todas las restantes puertas, porque elección es selección y determinación. El adulto consciente de su adultez edifica encima de sus anteriores determinaciones, logra su altura por acumulación sin renegar de su base; no hay nada para probar un reniego del General San Martín a tantas elecciones anteriores realizadas con la misma libertad y determinándose por los intereses de la Corona. Es una coincidencia y también un símbolo que el pedestal de su estatua sea español; los argentinos nos sentimos orgullosos del pedestal porque es él quien da la altura; sin piedra en la base, su peso lo arroja al suelo; sin la perspectiva de la misma, es un monigote desproporcionado. Dentro de los veinte millones de argentinos puede existir un mentecato que repudie al General porque nunca realizó lo que él llamaría la corona de gloria que le falta—su repudio con juramento de todo lo español que tenía—, un clavar la pretesta en la puerta del templo, algo solemne y negro que cortara litúrgicamente los lazos anteriores, las primeras piedras, para poder decir después: «Ahora sí es auténticamente americano.» La simpleza del juicio nos obliga-

ría a mirarla con desdén o burla si no fuera un atentado contra un derecho superior y pecado contra la inteligencia. El socio obligado de este argentino sería aquel español, si lo hubiere, que razonara a la inversa y, a fuer de igual, sería su enemigo y, juntos los dos, dos tumbas; porque a cada navaja de Albacete corresponde un facón de Tandil, y por cada Empecinado hay un Martín Güemez.

Ha dicho otro americano ilustre que «quien honra se honra», y esta verdad, hija del sentido común, está escrita en todos nuestros corazones. Por ello conocemos desde el primer instante el honor de España; porque honra y reclama para sí en la lícita avaricia de los puros todo lo que se halla producido de grande en lo que fueron sus dominios, hoy nuevas habitaciones de la casa solariega.

Todos ansiamos la vida comunitaria e intelectualmente entendemos que la misma nos obligará a perder pequeñas costumbres o abandonar uno que otro punto de vista. Sucede que llegado el momento de realizar la comunidad, todo precio nos parece mucho porque estamos detenidos por nuestros ojales y nuestros remiendos, y con aquel hombre actual del siglo IV decimos: «Dadnos la pureza, pero no hoy»; «formemos la comunidad, pero no hoy; formemos la comunidad, pero que los demás se amolden a mi natural ser y a mi ser actual». Es el momento de comprender que esta oración no es válida; venga la comunidad, pero hoy y ahora, entretejida sobre la ancha base hispánica. Pero no confundir hispanismo con españolismo. Sólo un ciego copiaría las leyes de Indias para aplicarlas hoy, y su fracaso estaría medido por la ceguera; pero un vidente adoptaría el espíritu de plasticidad que tuvo el legislador de Indias y su éxito estaría medido por su visión.

Hispanismo no es otra cosa que la antigua amalgama de sus dos ríos primarios, los celtas y los iberos; aquella fija idea del Cid que no le impide combatir aliado de moros y cristianos en defensa de una lealtad mayor; hispánico es el sueño declarado de Isabel y Fernando esbozado por ellos, pero saboteado por los escribas de tercera; hispanismo es la apropiación por España de lo que hay bueno en América y la captación plena en América de lo que España esencial, por encima del accidente distante o ajeno, puede brindar.

Por ser americanos marcados a fuego por la Puna de Atacama, «presos en el aro del trópico» en comunión con los llanos venezolanos, no podemos aceptar como bueno nuestro descastamiento como americanos aunque sea para lograr algo de tanta prosapia como es el blasón español; mas aún queremos abundar en las raíces españolas, pero ser a la vez fieles a nuestro propio destino americano. Considerar el hispanismo como meollo tan exclusivo que

sólo se puede ser hispanista en la identificación con lo español, es traicionar a los Reyes Católicos; es alambrear Castilla para que no siga creciendo bajo las patas de Babieca; es mentalidad cántara, y el castigo de los cántaros es la esterilidad.

Por último, y sería lo menor, es una traición a tantos americanos, tantos argentinos que jugaron su seguridad económica, su vida de relación, sus cátedras en la noble tarea de borrar la Leyenda Negra de España. Cuántos españoles se asombrarían si viesan a los «traidores hijos de traidor» con la fe y la energía con que se defiende al hispanismo en el esfuerzo de explicar la historia del siglo pasado, luchando contra la «historia oficial» que sólo denigraba a España. Argentina tiene el raro privilegio de que por cuestiones de historia grupos universitarios opuestos lleguen a esgrimir los poco universitarios argumentos de los puños. Sí, con puños, pero más aún con investigación, estudio, publicaciones, etc.; alentados sólo por razones de justicia, editando al comienzo pobre y trabajosamente los libros que se escribían hasta llegar a la actual Historia de la Argentina de Vicente Sierra, editada con mentalidad de nuevo rico, vengándonos de la pobreza material primera —digo pobreza material porque espiritualmente siempre fuimos millonarios—, lograron abrir brecha a la verdad. Todo esto impulsados por un sueño, y por cada becario del Gobierno español, diez vinieron a España por sus propios medios; de los siete mil actuales americanos que estudian en España, solamente unos setecientos están becados de alguna forma. ¡Qué desánimo tremendo, qué quiebra más fundamental si ahora se nos dice: «Pues, señores, hispanismo es renunciar a lo americano; hispanismo es sólo España y vuestra razón de ser y vuestro sentido no tiene otro norte que la copia de lo español!» Frente a este razonamiento no sé qué ocurriría, si un desmayo general por la pérdida de la fe en un solo golpe, o el incendio más feroz que hayan visto los Andes, pues doscientos millones de indignados, aunque sean pobres y semianalfabetos, es mucha indignación junta y una mezcla explosiva.

Pues bien, San Martín, como militar y como hombre, realiza una tarea de excepción; pero ella sólo justifica uno o varios monumentos en su patria, pero no sitio en Madrid. Su tarea compromete el respeto de los españoles en tanto y cuanto visiten la Argentina, pero no justifica un lugar en la capital de España. Si San Martín fuese sólo militar y hombre completo, la razón es valedera; pero ha dicho un español que: «... (él) es piedra fundamental y primera de nuestro futuro político internacional», y esto lo ha dicho el Conde de Mayalde cuando hablaba en nombre de su Gobierno.

y es ahora, con este complemento de cimientos, como entendemos la presencia de San Martín, en España.

A los puristas que angélicamente les suene a blasfemia la simbiosis que hago les queda el cómodo camino de refugiarse en Toledo, viviendo en los cigarrales y nutriendo su esteticismo en la Ciudad Imperial.

Yo creo, con el excelentísimo señor Alcalde, que «es también en la economía donde ha de tomar cuerpo nuestra unidad de destino y nuestra escala de salvación», porque nuestros países son el imborrable recuerdo de Felipe II y de Hernán Cortés, de San Martín y Belgrano; pero también son, en el más puro realismo, la balanza de pago y el pan de todos los días. Ver al país sólo como el receptáculo de glorias históricas es entrar en un museo y no en un pueblo con «unidad de destino en lo universal». La posibilidad de recordar en los descansos todo el esplendor pasado será lícita en la medida en que edifiquemos el esplendor futuro; lo contrario es cosa de troveros, y bien sabido es que los troveros vendían su canto a los señores del palacio por pan y alojamiento. No creo que sea muy español, ni tampoco es sueño americano, el mendigar pan al son de la guitarra.

Hispanoamérica es una posibilidad fabulosa que si llega a cumplir su cita con el destino —y todo hace presumir que la cita es hoy— constituirá una realidad que el sueño del Dorado parecerá imagen burda. Por la altura intelectual del lector de esta REVISTA no quiero hablar ni de su superficie ni de su explosión demográfica, con sus esperados 500 ó 600 millones de habitantes para fin de siglo; para qué recordar que el potencial de Brasil está sólo fundamentado prácticamente en su litoral marítimo y que aún le resta poseer efectivamente un 40 por 100 holgado de su propio territorio; o la fuerza petrolera de la Argentina, que le permitió pasar en cuatro años al autoabastecimiento de petróleo crudo partiendo de un déficit del orden de los ocho millones de metros cúbicos anuales que debía importar; para qué hacer mención al cobre, al hierro peruano o mexicano, a la plata, al oro o la nueva nobleza de los metales: el uranio, el tungsteno, el iridio; los minerales estratégicos, los diamantes, sus maderas, su riqueza potencial hidráulica (16.000 metros cúbicos por segundo de caudal para el río Paraná, siendo mayor aún el río de la Plata, el Amazonas y el Orinoco); por qué no «despertar con Hispanoamérica» constituyendo por mil razones socio y fundador desde el «vamos» inicial. ¿Por qué añorar a Felipe II si el nuevo imperio sería más fabuloso y por qué añorar a Hernán Cortés si hay otra tierra a descubrir?

Para esa reserva de nuevos adelantados y nuevos capitanes generales se les brinda la coyuntura histórica de otro continente en las manos, con las

dificultades inmensas que los anteriores encontraron (para qué negarlo), pero con la posibilidad de realizar el más ambicioso sueño, teniendo presente el decir de San Martín: «Para los hombres de coraje se han hecho las empresas.»

SITUACIÓN DE HISPANOAMÉRICA

A nadie escapa que la situación de las regiones subdesarrolladas es comprometida. Por debajo de la entrada de 400 dólares *per capita*, que parece ser el común acuerdo para indicar el subdesarrollo los problemas aumentan en progresión geométrica. Además, gracias a la técnica, el hombre ha renunciado a la posibilidad de aislar los problemas del mundo. Las comunicaciones, facilitadas en este siglo de manera sorprendente y la continua disminución de las distancias por obra de la velocidad sabotean el aislamiento —Buenos Aires está a una hora y media más cerca por Jet que Vigo por tren desde Madrid— sumándole a esto el papel no despreciable de los movimientos políticos y la obra de la subversión, hermanada con los apetitos imperialistas de todos los colores, impide que un problema, como puede ser Laos o el Tibet, en el Techo del mundo sean secundarios intrascendentes. Este tipo de problemas en otro momento histórico no pasaba de ser una discusión doméstica; en la antigua Casa del Hombre estos roces no dejaban de ser conversaciones o disputas si se quiere, pero a un nivel del tejado. En nada afectaban en la época del Imperio Romano, no digo problemas de las pequeñas provincias, sino la existencia del Imperio Chino. Ambos conocían la presencia del otro en los confines imprecisos de sus fronteras, pero este conocimiento era algo nebuloso y tanta la seguridad de ser cada uno el Ombligo del Mundo, que mal podía interesar la presencia de algo lejano cuyo encanto sólo residía en la aventura que se adivinaba, pero nunca despertaba la apetencia de la riqueza porque riqueza, poder, gloria, cultura, etc., eran, respectivamente, para cada uno de ellos Pekín o Roma.

Hoy la Casa del Hombre no sólo ha disminuído de tamaño sino que tiene más habitantes y más ventanas. Es el reconocimiento de esta situación la que nos obligará a adoptar rápidamente un régimen de convivencia para poder conllevar las molestias de la estrechez. Estrechez bastante ficticia, porque sólo se trata de la imposibilidad de realizar aquella vida de despilfarro o predominio de otras épocas, pero queda a salvo aún íntegramente la posibilidad de todas las vocaciones dentro de ella con los indudables beneficios de la vida comunitaria. Sólo hay que olvidar «los tiempos de los vele-

ros y las colonias de papá» según la frase feliz del general De Gaulle (tengo el temor que decir esto desde España suené a una crítica velada sobre los «veleros o colonias» españolas en todos los sentidos; no se trata de nada de eso, no me estoy refiriendo a países determinados tanto como a mentalidades precisas que existen bajo todas las banderas en todos los continentes). Este olvidar veleros y colonias sólo puede hacerse partiendo de la realidad de la existencia de otros dueños de barcos y de tierras, ya no podremos constituir el cómodo club de los elegidos, sino que hay que dar entrada a los socios nuevos, que no tienen la finura de nuestros modales y el decir tan galano y ni visten como nosotros, que somos los civilizados; les daremos entrada pero lo haremos tan a regañadientes como se acepta el alumno nuevo en la escuela primaria. Y la inclusión del alumno nuevo trae inmediatamente nuevas relaciones y la modificación de las existentes.

El alumno nuevo es Hispanoamérica, como lo es China, como lo empieza a ser África. Razones de espacio y tema me obligan a considerar solamente Hispanoamérica y a su realidad económica.

Partiendo del límite antedicho de los 400 dólares *per capita*, podemos considerar a toda Hispanoamérica por debajo de esa línea de flotación; los pocos países que la superan, algunos en 200 dólares, no constituyen otra cosa que una ínfima minoría. La situación financiera de los sumergidos es caótica y en los que las entradas son superiores al límite hay que recordar la existencia de algunos habitantes que perciben unas 10.000 veces la parte alcuota, lo que supone la existencia de algunos que prácticamente nada reciben. Los problemas varían entonces desde Venezuela y la Argentina hasta Haití, cuya economía está tan resentida que se asemeja a los pueblos pobres asiáticos, que ya es decir.

Tres son fundamentalmente los problemas contra los que deben luchar los hispanoamericanos en materia de economía: la injusta e improductiva distribución de la propiedad; la falta de capital, y por último, el gasto excesivo de las clases poderosas en materias no rentables.

Estos tres problemas no son ya exclusivamente americanos, porque los mismos o similares marcan con su lacra a muchos pueblos y no lo son tampoco por la repercusión que pueden tener para los planes económicos de las restantes naciones.

A todos interesa la economía americana, y no es, por ejemplo, en razón de solamente la política el interés de China continental por establecer misiones económicas en América; se encuentra en estos momentos una delegación visitando Sudamérica y en principio parece que existe acuerdo para

realizar contactos con la Argentina, Brasil y Chile y ya existen con Cuba; es probable que el interés se centre más en la costa del Pacífico porque en razón de la ubicación se acortan los fletes, y segundo porque hay en Perú y otras naciones costeras fuertes contingentes de chinos.

El papel que puede desempeñar España es grande y variado en el desarrollo de Hispanoamérica.

A la línea de lo «typical exportation» actualmente en baja o muy reducida, deberá sumarle los productos de su nueva estructuración económica: material para las industrias hidroeléctricas, camiones pesados o semipesados, máquinas para la industria textil, máquinas-herramientas, industria naviera, etcétera. Y las posibilidades en adquisición por parte de América de esos elementos en cuanto al interés y a la necesidad son extraordinarios; se choca, claro está, con la mala moneda o mala administración, de donde vuelve a tener interés España, en sus dos manifestaciones de la actividad oficial y privada en el saneamiento de la economía hispanoamericana. Por esa razón el conocimiento del agro, de la finanza, de los regímenes tributarios, etc., de aquellas naciones es algo más que una preocupación fraternal. Que Hispanoamérica tenga buena moneda es también interés de España. Que la Argentina mejore su sistema de cobro tributario es un real beneficio para el industrial de Guipúzcoa o de Eibar. España está atenta, según palabras del señor Ullastres en Buenos Aires, en la vida económica de América. El deseo explicado de lograr con los acuerdos bilaterales que se formalicen una casi participación por vía de excepción en el Tratado de Montevideo, y la integración económica europea en la que se planea participar, indican claramente el camino que incluso fué manifestado en la Feria de Muestras Iberoamericanas de Sevilla del corriente año servir de escaparate para los productos americanos y a la vez de terra-franca para las negociaciones de aquellos países con sus proveedores y compradores europeos. El plan es ambicioso y no creo que las dificultades se las deba esperar tanto de los países americanos como del propio continente. Ha sido Francia que al comienzo de este año expresó similares deseos; ha sido Inglaterra que frente a Kennedy le ha recordado la imposibilidad de reservarse cotos privados; ha sido Alemania, y desde aquí España, por boca de su Ministro de Comercio que en la cena ofrecida por la colectividad ha declarado que el problema hispanoamericano será inmediatamente considerado por Alemania. A los pueblos hispanoamericanos no les deja de sorprender no ya el lógico interés de la madre sino la cariñosa ola afectiva de primos y tíos lejanos por el destino de América, destino que tan sin cuidado les tenía tiempo atrás, pero... siempre sea bendito el amor súbito.

Ahora se habla por boca de los «Grandes» (modestamente se titulan así los señores que pueden tener más ejército o más carros o la flota con mayor poder de destrucción) de la necesidad de un trato equitativo y de socios con los parientes pobres. Alguna vez se han escuchado cosas similares por aquellas tierras; fué en 1826 cuando la Argentina firmó un tratado «recíproco» en el que se otorgaban mutuamente la libertad de comercio, de culto, de ríos interiores y la «recíproca» autorización para levantar factorías en los muelles de ambos puertos. Aquello hubiera sido en verdad un convenio recíproco y equitativo si la Argentina hubiera contado con la flota, la industria o el capital para usufructuar las libertades otorgadas, pero a nadie escapa que en aquellos momentos significase literalmente un puro contrato de adhesión, donde una de las partes establecía una serie de obligaciones sin ninguna posibilidad por parte de la otra de la tan mentada reciprocidad. Desde la gloriosa época de los sofistas las palabras tienen poco que ver cuando el engaño está en los corazones, pero tal vez sea una simpleza hablar de corazones y estar pensando en cuestiones económicas. Por otra parte, de ninguna manera culpamos exclusivamente a los demás de esta situación, porque a cada embajador o agregado económico con ánimo de comprar dolosamente debió corresponder un funcionario con ánimo de vender, pues de otra manera no hubiese sido posible la transacción.

¿Habrá despertado Hispanoamérica en su economía y en su política y en su Universidad y en su organización administrativa y en su... (tantas cosas)? La gravedad de estos interrogantes supone un plan de estudio y una especialización que quedan muy por encima de aquellos hechos gloriosos por su simpleza y por su coraje, como el quemar las naves en la costa de un océano apenas conocido para internarse en un continente desconocido absolutamente, llevados sólo por la fe y la esperanza en el propio hacer. Si hoy se queman las naves a destiempo, se hundan desde esta orilla unos 30 millones de españoles, si se queman desde aquéllas el hundimiento es más colosal; por otro lado, si no se queman las naves en el momento oportuno, se deía pasar, tal vez, hasta otro instante, que los astros sabrán cuándo, la posibilidad más brillante de la época de los Reyes Católicos. Ahí está el interrogante de Hispanoamérica y ahí están planteadas las posibilidades. El Destino no existe y la Providencia guía secretamente las cosas sin afectar la libertad (problema de fe que puede o no ser aceptado) pero ciertamente que descontando este factor la acción del hombre está referida a su actividad. No será el simple transcurso del tiempo quien solucionará o dará los puntos de referencia para que desde ellos se pueda operar al amparo de todo riesgo:

en el momento de tomar una decisión hay que contar con las luces de los que atienden la cosa pública, que la inteligencia sea clara y la Providencia generosa, porque es de la salud de los pueblos lo que estamos tratando.

POSIBILIDADES DE ESPAÑA

No es de español ni americano el trovar por la comida. España sabe que su papel en América puede ser éste u otro, pero ciertamente que no busca por su realidad de madre ser mantenida por ningún hijo. El puesto en el despertar americano lo logrará por la vía que buscó en la Feria de Bogotá en dura competición con otras naciones que no son precisamente enemigos pequeños. En lo naviero tendrá la sombra de Japón, de Alemania en el acero, de Estados Unidos en el transporte, de Italia y de Checoslovaquia en la industria mediana o semipesada (textil, hojalatera, aprovisionamiento de armas livianas, tractores, etc.) o el resurgimiento español es real o simplemente se trata de un globo inflado para distraer parciales, válido entre-casa, sin seriedad. No es menor trabajo ganar un mercado que vencer los Andes a uña de caballo. España puede hacerlo, esto lo proclaman todos los españoles. España debe hacerlo porque se encuentra en inmejorables condiciones para su realización. Se necesita montar nuevamente, al conjuro de un nuevo Utreya, un espíritu de marcha que se oriente hacia América. No es el porvenir económico de América ni tal vez el de España el que corre peligro, sino algo mucho más profundo como es el destino histórico.

España debe transformarse en la «Plaza Mayor de la Hispanidad», como se ha dicho, en el trampolín de Europa y en el Atalaya de América. ¿Cuántos son los americanos que en la tradición de las conversaciones madrileñas hasta la salida del sol, aprendimos a conocer mejor la realidad de nuestro continente por encima de la limitación de las miradas provincianas? ¿Cuántos americanos aprendimos en los cafés y tascas de Argüelles, hablando con brasileños, peruanos, chilenos y españoles, la hondura de esa unión tan despreciada y desvalorizada por tantos que forman los lazos de sangre? ¡Qué depósito enorme de entrega y buena fe yace a flor de tierra en tantos catedráticos españoles que levantaron la esperanza de nuestro propio destino frente al descorazonamiento pasajero, culpa gloriosa de tener corazón!

Durante siglos España mantiene un espíritu de contrarreforma y separación de Europa cuando Reforma era traición a su propio ser. Ahora, en vías de superar su pobreza anterior, frente a una primavera que se avecina y que le es auténticamente propia, no puede segregarse de América.

Hemos peleado entusiásticamente y con la mayor fe por España, sin conocerla y desde nuestras tierras, le hemos hecho el lugar en la Historia que le faltaba y dejamos abiertas las puertas para que ella, por su fuerza de cuña, agrande el sitio en la medida de su poderío, no queremos escuchar el grito de que España murió para América en El Escorial, pronunciado por los propios españoles. Si Europa es continente hecho, América es fuerza sin domar, y es a esa potencia y a esa fuerza a las que apelamos para decir «Arriba España» con el ánimo de despertar al León Ibérico.

Nuestro y vuestro San Martín, que peleó accidentalmente contra vosotros, pero esencialmente a favor de América, mira complacido una gloria que él no tuvo, realizar América sin la dolorosa necesidad de combatir a España. Los gritos histéricos contra España que se pueden alzar por obra de momentos tan duros en una querida isla americana no son moneda de aceptación en ningún otro lado. No es popular ni motivo de atracción de las masas insultar a España, pero frente a esta coyuntura única, frente a esta posibilidad de éxito la parálisis sólo puede venir desde aquí cuando se diga: «España murió para América en El Escorial».

Hispanoamérica cumplirá o no su cita con el Destino. No es la primera vez que un pueblo llamado a ocupar un lugar de excepción por su propia incuria falte a la cita. No es de hoy que los invitados al banquete se disculpen por motivos fútiles y cuando quieran llamar a la puerta la encuentren irremediablemente cerrada.

Yo tengo la esperanza de que Hispanoamérica despierte; no tengo la certeza científica de que lo haya. Pero libre o dominada el papel de España es claro y sin riegos. También a nosotros nos duele la triste circunstancia de entregar hijos como esclavos musculosos para las tareas más ínfimas de la Europa industrial; no deja de ser triste un extremeño picando piedras o manejando una carretilla en medio de hombres rubios de ojos azules que le imponen desde el sueldo hasta el idioma. Si realizara a fondo su propia expansión industrial y encuentra en América el éxito que parece indicar el camino de Bogotá, tiene España lugar para que todos sus hijos, y los que nazcan, realicen su obra en su tierra.

El destino de San Martín, para ser el de portar una antorcha y encontrar tenaz resistencia en la sombra para abandonar su reinado. Su tarea la realizó con la incomprensión de los políticos del momento, su retorno se lo impidieron los enanos encaramados al poder, su muerte se cumple en la dureza del suelo extraño, su testamento se esconde; no puede asombrarnos que no calce para todos su presencia aquí o en cualquier lado.

Si unificamos destino en lo universal, por encima de nuestras banderas

y apoyados en las mismas, si esto se logra, y sucede alrededor de la meditación que produce la presencia de San Martín en el Parque del Oeste, habremos utilizado con nobleza el bronce, como síntesis de un alto designio, como cimiento de una realidad esencial.

HUGO MARTÍNEZ VIADEMONTÉ

RÉSUMÉ

Nous devons interpréter la présence d'un San Martin en bronze dans la capitale d'Espagne beaucoup plus loin d'une puérile sublimation tardive mais aussi au delà d'une statue attrape-nigauds avec le seul objet de faciliter l'accord économique. San Martin est l'homme et le professionnel complet qui atteint la plus grande courbe de son zénith dans l'accomplissement de sa mission; il est le professionnel enchâssé dans l'homme total, dans l'homme qui a su développer toutes ses possibilités et que, à cause de cela, c'est beaucoup plus qu'un mythe ou qu'un géant; c'est tout un homme. Il est un être harmonique qui sait soigner comme Chef l'état de son régiment, comme père l'attention de sa fille et comme homme il acquitte parfaitement des vertus humaines.

Mais ce n'est pas seulement par cette cause que nous le trouvons à Madrid. Malgré les temps difficiles ils continuent à exister dans tous les pays ceux qui arrivent au très difficile degré d'homme total. La présence de San Martin répond aussi à qu' "il est la première et fondamentale pierre de notre futur politique international", comme Son Excellence le Maire a dit clairement en parlant en représentation de son Gouvernement; avec ce caractère de base et pour réussir à l'union que par destin historique s'impose entre l'Espagne et l'Amérique se fait plus compréhensible la statue de San Martin. Notre union devra atteindre aussi le camp économique, dans cette matière "notre unité de destin et notre échelle de salut devront prendre du corps", pour ceux qui croient qu'on ne doit par mêler les hommages avec la reconnaissance et l'économie à cause d'avoir une vision esthétique de la politique, il reste le recours de vivre dans le Musée du Prado pour nourrir son esthétisme.

Si l'Amérique tient le rendez-vous que le destin l'a préparé, elle constituera une réalité plus formidable encore que la légende de "El Dorado"; on doit ajouter à ses immenses possibilités économiques l'explosion démographique à cause de laquelle l'Amérique aura une population de 500 à 600 millions d'habitants à la fin de siècle. Un marché avec ces possibilités et de cette gran-

deur a éveillé les égards de nombreux pays dont l'Espagne ne peut pas être absente; il s'agit non seulement de la perspective économique mais aussi d'«unifier le destin dans la sphère universelle». L'Espagne doit profiter au maximum l'effort qu'elle a réalisé dans la découverte et la conquête ainsi que le continuel, bien que pas toujours intense, effort postérieur. Transformer Madrid en capitale de l'Hispanisme c'est une tâche que l'on doit seulement compléter, accomplir, mais qui se trouve parfaitement esquissée. La présence de quelques milles d'étudiants hispano-américains dans les Universités espagnoles c'est un fait qui peut avoir de très riches conséquences. D'ailleurs il y a en Amérique des élites qui pousseraient immédiatement une initiative de ce type; il faut seulement que ces mêmes élites, par un procès de maturation, cessent d'être des clubs de théoriciens et qu'elles se décident plutôt à réaliser une tâche de divulgation avec des projections plus populaires.

Le destin de l'Amérique est en train de se jouer et l'Amérique libre ou l'Amérique-colonie est un territoire qui est sous la très ample juridiction de l'esprit hispanique; si la vocation américaine s'accomplit totalement la terre verra surgir une force colossale; "le sort en est jeté, qu'il bénéficie aux audacieux".

SUMMARY

We must accept the presence of St. Martin in bronze in the capital of Spain as being much more than a tardy puerile exaltation but at the same time more than a bamboozling statue only there for the purpose of facilitating economic remembrance. St. Martin is the complete man and professional who, in the fulfillment of his mission in life reaches the maximum curve of his zenith; he is the professional linked to man as a whole, to the man who has managed to develop all his possibilities and who for this reason is much more than a myth or a giant, he is no less than a man. He is a harmonious being who knows how to keep up the standard of his regiment in his position as Chief, to keep his daughter's attention as a father, and who, as a man, fulfills all human virtues.

But it is not for this reason alone that we find him today in Madrid for in spite of difficult times there are still people in every country who achieve the difficult height of total man, the presence of St. Martin can be explained as the Lord Mayor of Madrid has clearly shown, speaking in representation of his Government, as follows... "he is the first and fundamental stone of our future international policy"; having this figure as foundation and in order to achieve the union by which historical destiny would join Spain

and America the statue of St. Martin becomes more comprehensible. Our union ought also to raise the economic position; in this matter "our union of destiny and scale of salvation should materialize", for those who have an aesthetic opinion on politics and think that it is unwise to mix homages, recognition and economy, there remains only one thing for them to do, and that is to live in the Prado Museum and feed their aestheticism there.

If America fulfills what destiny has in store for her, a reality even more formidable than the Dorado legend will materialize; one must add to the immense economic possibilities the demographic explosion prepared by a population of 500 to 600 million inhabitants by the end of the century. A market of such tremendous possibilities has called the attention of numerous countries and Spain cannot afford to be absent; it does not only include economic perspectives but also to "unify destiny in the universal aspect". Spain should take full advantage of the effort made in the discovery and conquest and also the continuous, although not always intense, later effort. To transform Madrid into the Main Square of Spanish Union is a task which only has to be completed and finished, and which is perfectly outlined. The presence of thousands of Spanish-American students in Spanish universities is a fact which could have very interesting consequences. On the other hand in America there are chosen groups which would immediately support a task of this nature, and it is now only necessary that through the process of growing up they change from merely thinking and decide to carry out a task of divulgation with more popular projects.

America's destiny is being decided, and Free America or colonial America is a territory under the fullest Spanish American jurisdiction; if the American vocation is carried out in full the world will see a colossal force arise; "fate has been brought into play and may she benefit the audacious".

